

## **BTT Plazaola y Urola, 26-27 mayo 2018**

¡Qué noche la de aquel día!

Y la culpa la tuvo...la pantxineta ...y el Real Madrid ... y el rape ... y el txuletón... y la buena compañía.

Eso ocurría la noche del 26 de mayo. El día había comenzado a las 8 de la mañana con las bicicletas y todos los excursionistas en el autobús iniciando la ruta hacia Lekunberri, punto de partida de la vía verde Plazaola que se sigue desde ese punto hasta Andoain, a 44 kms. de distancia. El cielo anunciaba lo que llegó poco antes de Lekunberri: el diluvio, o casi. Nos refugiamos en la estación de Lekunberri, habilitada como oficina de turismo, haciendo como que cogíamos información de la vía y de toda Navarra pues vaciamos las estanterías. Algunos/as se entretenían en juegos infantiles de introducir figuras geométricas en los huecos correspondientes. Con alguna de ellas no hubo forma a pesar de que se intentó (no estaba su hueco).

En el bar donde a continuación fuimos a tomar un café se nos unieron Teresa e Iñaki que venían desde Pamplona con la intención de hacer con nosotros la ruta del primer día pero cuando comprobamos que el cielo no mejoraba, aunque la magnífica aplicación de Jesús aseguraba que poco después se iba a ir despejando hacia el norte, ellos optaron por volver a Pamplona y nosotros decidimos que el autobús nos llevara hasta el siguiente punto de conexión con la vía verde, en Leitza.

Allí ya no llovía, aunque el cielo seguía plomizo, por lo que decidimos bajar las bicicletas. Cuando diez minutos después llegamos desde el pueblo a la vía ¡¡milagro!! se hizo la luz, salió el sol, y una estrella nos deslumbró a todos: la “pepinaco” bici de Juan. Su adaptación a los pedales automáticos (lenta y castigada por las caídas) fue objeto de tantas risas como veces en las que él fardó de su “pepinaco”.

El descenso desde Leitza hasta Andoain a lo largo del valle de Leizarán, ya con sol todo el recorrido, fue delicioso. Cierto que, aunque la vía absorbe muy bien el agua, acababa de diluviar y había charcos, sobre todo en los numerosos túneles que se atraviesan, así que nos pusimos como se puede imaginar pero no nos importaba en absoluto pues el paisaje del que disfrutábamos, con sus verdes de todas las tonalidades, era extraordinario. Es un recorrido que se puede hacer cuantas veces se quiera sin que la repetición canse. Estoy seguro de que los que ese día lo hicimos lo repetiríamos ahora mismo sin vacilar.

Mientras tanto los andarines (José María, Belén y M<sup>a</sup> José, a los que ese día se unieron Sagrario y Marta) habían sido depositados por el autobús en Andoain y subían a nuestro encuentro. Coincidimos al lado de un merendero perfectamente acondicionado y los ciclistas rápidamente nos lanzamos cuesta abajo al pueblo para buscar cervezas y refrescos. Cargamos las mochilas y la subida bien, hasta toparnos con un rampón de un kilómetro que casi nos hizo echar allí el corazón y los pulmones. Cuando llegamos arriba había un centro de información turística con bebidas de todo tipo. En fin...

Después de comer el cielo se cubrió y justo a tiempo subimos al autobús y nos trasladamos a Azpeitia. Alojamiento en el austero y jesuítico hotel Arrupe, al lado justo de la basílica de Loyola y de la casa del santo. Visita a la impresionante basílica barroca debida al arquitecto italiano Carlo María Fontana (por algo recuerda tanto a otros templos de Roma). Después caña en la terraza del bar al lado del hotel, donde Javier, orgulloso de su educación jesuítica, comenzó a rescatar de su memoria el himno a San Ignacio que tímidamente fue entonando (más o menos). Era el preludio de una actuación posterior memorable.

La cena, en un asador de Azpeitia que previamente habíamos reservado, prometía: Miguel Angel rápidamente se animó a escanciar sidra guipuzcoana al estilo asturiano y con la emoción no cayó en la cuenta de que alguien le había relegado a un lugar de la mesa de espaldas a la televisión donde iba a comenzar el partido de la copa de campeones de su Real Madrid contra el Liverpool. Educado, como siempre, dirigió alguna aviesa mirada a quien, no gustándole el fútbol – decía- le había ocupado el mejor sitio frente a la pantalla. Y así vió el partido, mirando de refilón los goles (el golazo de chilena y los regalos del portero del Liverpool). Con la emoción acrecentada por los goles no cayó en la cuenta de que la pantxineta que había encargado de postre pasaba a manos de quien le había birlado antes el sitio y que, según decía, no la había probado nunca (no la había pedido y no había más) así que M.A. se quedó con goles de refilón y sin pantxineta. Menos mal que el rape y el txuletón estaban de muerte.

Después, copas en una Kafetegia, apasionado debate sobre series televisivas (Gipsy Kings y otras, según parece indispensables) y a la cama paseando por la ronda de circunvalación de Azpeitia guiados por algún infalible GPS.

Al día siguiente el recorrido era por la vía verde del Urola, 22 kilómetros de suave ascenso hasta Legazpi, para volver a bajarlos cuando nos encontráramos con los que habían preferido que el autobús les dejara arriba y así hacer solo el descenso. Dicho y hecho. El punto de encuentro fue aproximadamente en Zumárraga y desde allí todos juntos hacia abajo. El día estaba cubierto pero no llovió y el recorrido agradable aunque nada comparable con el valle de Leizarán con el sol del día anterior porque es más urbano, piso con más asfalto, túneles y travesía de localidades en las que la vía verde es lugar de paseo ciudadano, y por lo tanto más concurrido. Mientras tanto, los andarines, esta vez acompañados también por Luisa, se despistaban por los montes de Azpeitia.

Pero lo pasamos igualmente bien, volvimos a admirar la “pepinaco” bici llena de barro y a reírnos del de los pedales automáticos, ahora ya más domados. Indispensable una caña tras asearnos y abandonar el hotel y a continuación traslado a otro asador donde no quedó más remedio que pedir más sidra, más rape, más txuletón, pero NO más pantxineta, que no había (para disgusto del que no sabía si le gustaba, y de M.A., que con la victoria del Real Madrid se daba casi por satisfecho).

La vuelta en el autobús deparó una actuación estelar, micrófono en mano, del discípulo jesuítico que esta vez sin rubor y casi de tirón nos soltó *a capella* el himno de San Ignacio y enfervorizó al entregado público. No menos estelar la jota de Sagrario acompañada al micrófono por su manager y esposo (letra propia sobre música de “La Palomica”). Luego, lo de siempre, ronquidos casi hasta Zaragoza donde con viento huracanado y tormenta depositamos a M.A. en la Romareda pues nuestro equipo se jugaba llegar a los play off. Él colaboró en la victoria aunque después no nos haya servido de mucho.

Resumen: lo pasamos fatal y nos concertamos para preparar rápidamente la siguiente. Ya estamos tardando.

Nacho Martínez Lasierra  
Junio 2018